

EL ESCRITOR

En la habitación contigua a la tienda de coloniales propiedad del comerciante Erschakov, y ante un alto pupitre hallábase sentado el propio Erschakov, hombre joven, vestido a la última moda, pero de rostro marchito y aspecto general gastado. A juzgar por los rasgos de su escritura, tendida, llena de garabatos, y por el aromático olor de su cigarro, no vivía alejado de la civilización europea; pero cuando más exhalóse de él la cultura fue cuando un muchacho que venía de la tienda inmediata entró anunciando:

- Ahí está el escritor.

- ¡Ah!... ¡Que pase!... ¡Dile también que se deje los chanclos en la tienda!

Un minuto después, en la habitación entraba, despacito, un viejo calvo y canoso, cubierto con un abrigo deshilachado, de color rojizo, con el rostro helado y encendido y esa expresión de debilidad e indecisión propia de las gentes habituadas a la constante, si no excesiva, bebida.

- ¡Hola..., muy buenas! -dijo Erschakov al recién llegado, sin volver la cabeza-. ¿Qué hay de bueno, señor Heinim?

Erschakov solía confundir las palabras genio y Heine, que al mezclarse componían una sola, Heinim, con la que acostumbraba designar al viejo.

- Traigo el encargo. Ya está - contestó Heinim.

- ¿Tan pronto?

- En tres días, Sajar Semionich, se puede componer, no diré ya un anuncio, sino una novela entera! ¡Para el anuncio basta una hora!

- ¿Una hora nada más?... ¿Y por qué me vienes luego con exigencias, como si se tratara del trabajo de un año?... Bueno..., ¡enseña lo que has ideado!

Heinim extrajo de su bolsillo unos cuantos papeles arrugados, escritos a lápiz, y se acercó al pupitre.

- Esto no es todavía más que el borrador...

Una cuantas ideas generales... -dijo-. Se lo leeré..., y trate usted de comprender... si encuentra alguna falta, haga el favor de señalármela... ¡Es fácil confundirse, Sajar Semionich!... No sé si me creera, pero tuve que redactar para tres tiendas al mismo tiempo, ¡un trabajo así daría vértigos al propio Shakespeare!...

Heinim se puso los lentes, alzó las cejas y empezó a leer con una voz impregnada de tristeza como si estuviera declamando:

- Temporada de mil ochocientos ochenta y cinco-ochenta y seis... S.S. Erschakov, Suministrador de todas las variedades de té chino para todas las ciudades de la Rusia, europea y asiática, y del extranjero. Casa fundada en el año mil ochocientos cuatro...." Este preámbulo, ¿comprende?... irá ornamentado y rodeado de escudos heráldicos. en una ocasión en que hice un anuncio para un comerciante utilicé los escudos de las distintas ciudades. También podía usted hacer eso... Para usted, Sajar Semionich, he ideado el siguiente motivo de ornamentación: un león con una lira entre los dientes... Y ahora sigamos adelante... Primero, dos palabras a nuestros compradores: "Muy señores míos: Ni los acontecimientos políticos de los últimos tiempos, ni la fría indiferencia que va penetrando día por día entre las capas de nuestra sociedad, ni el descenso de nivel del Volga, al que recientemente aludía la mejor parte de nuestra Prensa, ¡nada ha logrado conturbarnos! Los largos años de existencia de nuestra firma y las simpatías que en ese tiempo nos fue dado adquirir nos capacitan para mantenernos firmes en nuestro terreno sin hacer sufrir alteraciones ni al sistema adoptado en nuestras relaciones comerciales con los propietarios de las plantaciones de té, ni a la esmerada ejecución de nuestros encargos. Nuestro lema es de todos sobradamente conocido. Se reduce a pocas, pero muy significativas palabras: ¡Honradez comercial, baratura y rapidez!".

- ¡Bien! ¡Muy bien! -le interrumpió Erschakov, revolviéndose en la silla-. ¡No esperaba que compusierais así... ¡Hábil! ¡Muy hábil!... Sólo que..., querido amigo..., hay que deslizar algo en forma un poco... oscura... Anunciamos, por ejemplo, que la casa acaba de recibir una partida de tés frescos de la cosecha de primavera de mil ochocientos ochenta y cinco... ¿no es así?... Pues bien, es menester

decir (al mismo tiempo, que acabamos de recibirlos), que llevan ya tres años en nuestros depósitos... Y también, que llegaron de China la semana pasada...

- Comprendo. El público no se dará cuenta de la contradicción. Al principio del anuncio diremos que el té acaba de recibirse, y al final, podemos decir así: "Disponiendo de grandes existencias de té adquirido mediante el pago de la antigua tarifa de aduanas, nos vemos posibilitados para venderlo a los mismos precios establecidos en años anteriores...", etcétera..., etcétera... Bien... Entonces, en la hoja siguiente puede venir la lista de precios. Aquí también pondremos escudos y adornos. Debajo, en letra grande, vendrá escrito: "Lista de precios de los tés funchanski, kajtinski y bajovi. Aromáticos, escogidos, procedentes de la primera cosecha primaveral y de recién adquiridas plantaciones". Bien... ¡Sigamos! "Llamamos la atención de los verdaderos aficionados sobre los tés liansinski, de entre los cuales el que goza de mayor reputación es el Emblema de China o envidia de los competidores (tres rublos y cincuenta kop.). De los tés rosanisti recomendamos especialmente el bogdijanskia rosa (dos rublos) y el Ojos de la China (un rublo y ochenta kop)". Bajo los precios vendrán detalles sobre el peso y modo de envío del té. También sobre los descuentos y los premios. Sigo: "La mayoría de nuestros competidores, deseosos de atraerse nuestra clientela, instituyen premios. Nosotros protestamos contra tan abominable proceder y ofrecemos a nuestros compradores, no en forma de premio, sino completamente gratis, cuantos señuelos ofrecen nuestros competidores a sus víctimas. Por tanto, todo comprador cuya compra exceda de cincuenta rublos podrá elegir gratuitamente entre uno de los cinco objetos siguientes: Una tetera de metal plateado, cien tarjetas de visita, un plano de la ciudad de Moscú, un frasco de té representando una china desnuda y el libro, obra de Igrivii Veselchak, titulado El novio se asombra, o la novia bajo el barreño".

Terminada la lectura, y después de hechas unas cuantas correcciones, entregó el trabajo a Erschakov. A esto siguió un silencio. Ambos se sentían moralmente un poco incómodos, como culpables de alguna ruindad.

- ¿Manda usted que me paguen ahora o después?-preguntó Heinim indeciso.

- Cuando usted guste... ahora mismo, si quiere... -contestó Erschakov, en tono despectivo-. Vaya a la tienda y cójase lo que le parezca por valor de cinco rublos, cincuenta kopekas.

- Preferiría cobrar en dinero, Sajar Semionich.

- No acostumbro pagar en dinero. Pago a todo el mundo con té... con azúcar... Lo mismo a usted que a los cantores de la iglesia en que soy satarosta y a los dvorniks. Así son menos las borracheras.

- Pero ¿es que va uno a compararse con un cantor o un dvornik?... ¡Mi trabajo es de orden intelectual!

- Pues ¡si que es un trabajo! ¡Valiente trabajo!... ¡Sentarse, escribir, y se acabó! ¡La escritura no se la come uno ni se la bebe!... ¡No es de ninguna importancia! ¡Ni un rublo merece!

- ¡Hem!... ¡Qué opinión tan particular tiene usted de la escritura! -se ofendió Heim-. ¡Que no se la come uno ni se la bebe!... ¿Y lo que sufre el alma cuando escribe esos anuncios? ¿No lo comprende?... ¡Uno escribe..., escribe..., y mientras lo hace siente que está engañando a toda Rusia!

- Me aburres, amigo. ¡No está bien eso de molestar tanto!...

- ¡Bueno!..., ¡me llevaré azúcar!. Sus mismos muchachos me la tomarán otra vez a ocho kopekas, pero ¡qué le vamos a hacer! ¡Que le vaya bien!

Heinim se volvió hacia la puerta, pero luego se detuvo ante ella, suspiró y dijo sombríamente:

- ¡Engañando a Rusia! ¡Engañando a la patria por un pedazo de pan!...

Y se fue. Erschakov se puso a fumar un pequeño puro, y el olor a cultura se hizo aún más penetrante en la habitación.